La Sagrada Escritura se abre diciendo:

Al principio creo Dios los cielos y la tierra. Ahora bien, la tierra era yermo y vacío, y las tinieblas cubrían la superficie del Océano, mientras el espíritu de Dios se cernía sobre la haz de las aguas. Y dijo Dios: "Haya luz", y hubo luz. Vio Dios que la luz era buena y estableció Dios separación entre la luz y las tinieblas. Dios llamó a la luz día y a las tinieblas llamó noche. Y atardeció y luego amaneció: día primero.

Así, día tras día, la palabra de Dios va creando un mundo de una belleza inimaginable, extraordinariamente bueno y rebosante de vida. Hasta llegar al día sexto, en el que Dios crea, mediante su palabra, al ser humano, la culminación de su obra:

Entonces dijo Dios: "Hagamos al hombre a imagen nuestra, a nuestra semejanza, para que dominen en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en los ganados, y en todas las bestias salvajes y en todos los reptiles que reptan sobre la tierra".

Creó pues Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó.

Luego Dios dirige al hombre y a la mujer su palabra, informándoles de la misión que les encarga:

Dios los bendijo y les dijo Dios: "Procread y multiplicaos, y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar, y en las aves del cielo y en todo animal que bulle sobre la tierra".

El libro del Génesis termina este primer relato de la creación diciendo:

Dios vio todo cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien. Y atardeció y luego amaneció: día sexto.

Una vez que el Creador ha puesto su obra en manos del hombre ya puede descansar. Eso es el sábado.

Pero el hombre y la mujer tienen que aceptar libremente la palabra de Dios. Eso es la prueba del origen. Sometido a prueba, el hombre rechazó la palabra de Dios. Ése fue el pecado del origen:

Pero la serpiente era el más astuto de los animales del campo que Dios había producido, y dijo a la mujer: ¿Conque Dios ha dicho…?

Lo que está en juego es lo que Dios ha dicho. El resultado de la tentación es que la mujer rechaza la palabra de Dios y lleva también a su marido a rechazarla. Luego, cuando Dios les llama se esconden de la Palabra de Dios:

Enseguida oyeron ruido de pasos de Dios que se paseaba por el vergel a la brisa de la tarde, y el hombre y su mujer se ocultaron de la presencia de Dios por el interior de la arboleda del vergel.

Dios entonces llamo al hombre diciéndole: "¿Dónde estás?" Y contestó: "He oído tu voz en el vergel y, temeroso, porque estoy desnudo, me he ocultado".

Como la palabra de Dios es fuente de comunión y de vida, a partir de ese rechazo la violencia y la muerte se enseñorean de la historia. El canto de Lámek lo expresa con crudeza:

Y dijo Lámek a sus mujeres:

“Adá y Sillá, oíd mi voz;

mujeres de Lámek, escuchad mi palabra:

Yo maté a un hombre por una herida que me hizo

y a un muchacho por un cardenal que recibí.

Caín será vengado siete veces,

mas Lámek lo será setenta y siete” (Gn 4).

Pero este canto salvaje no tendrá la última palabra. El mismo Dios nos dice:

Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos

y no vuelven allá, sino que empapan la tierra,

la fecundan y la hacen germinar,

para que dé simiente al sembrador y pan para comer,

así será mi palabra,

la que salga de mi boca,

que no tornará a mí de vacío,

sin que haya realizado lo que me plugo

y haya cumplido aquello a que la envié (Is 55).

Por eso la respuesta de Dios al rechazo de su palabra es un nuevo comienzo. Hasta que llegue un día en el que su Verbo se encarne

en María de Nazaret y restablezca, en un nuevo nivel, la comunión y la vida.

Desde el pecado del origen hasta Jesús de Nazaret hay una larga historia. La última etapa de esa historia es la vida de Israel. Israel es el pueblo que vive a la escucha de la palabra de Dios. La vida del pueblo de la Alianza está contenida en la Shemá Israel:

Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios; es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se la repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal, y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas (Dt 6).

La vida entera del israelita está sellada por la palabra de Dios. Esa es la principal educación que tiene que dar a sus hijos. El Israel fiel anhela, escucha, medita y vive la palabra de Dios. Y la palabra de Dios, que le llega principalmente por medio de los profetas, transforma a Israel, que va creciendo en el conocimiento de Dios de un modo admirable. Ese es el gran misterio de la historia antigua. ¿Cómo un pueblo insignificante pudo llegar a tener un conocimiento de Dios y de su obrar, un trato co Dios, mucho más profundo que el de las grandes civilizaciones de su entorno?

La historia del pueblo de Dios culmina en María, la Hija de Sión, en el día en que Ella escucha y acepta el anuncio del ángel: Aquí está la esclava del Señor; que me suceda según tu palabra (Lc 1).

En esa hora sucedió lo que Juan, en el prólogo de su Evangelio,

expresa admirablemente:

Al principio existía el Verbo,

y el Verbo existía con Dios,

y el Verbo era Dios.

Él existía al principio con Dios.

Todo se hizo por medio de Él,

y sin Él no se hizo nada de lo que se ha hecho.

(…)

Y el Verbo se hizo carne,

y puso su Morada entre nosotros,

y hemos contemplado su gloria,

gloria que recibe del Padre como Hijo único,

lleno de gracia y de verdad.

(…)
A Dios nadie le ha visto jamás;

el Dios Hijo Unigénito,

el que está en el regazo del Padre,

Él lo reveló (Jn 1).

Las esperanzas de Israel han quedado cumplidas de un modo

insospechado. Ahora el Hijo Eterno de Dios, el único que conoce al Padre, nos revela con palabras humanas el Misterio de Dios y el Designio que el Padre tiene de adaptarnos como hijos. Se entiende la trascendencia que tiene escuchar a Jesucristo:

¿Por qué me llamáis: “Señor, Señor”, y no hacéis lo que digo?

Todo el que venga a Mí y oiga mis palabras y las ponga en práctica os voy a mostrar a quién es semejante:

Es semejante a un hombre que, al edificar una casa, cavó profundamente y puso los cimientos sobre roca. Al sobrevenir una inundación rompió el torrente contra aquella casa, pero no pudo destruirla por estar bien edificada.

Pero el que haya oído y no haya puesto en práctica es semejante a un hombre que edificó una casa sobre tierra, sin cimientos, contra la que rompió el torrente y, al instante, se desplomó y fue grande la ruina de aquella casa (Lc 6).